



**H**enry de Kehlmark, con aire desconcertado, preguntó por aquel estruendo.  
—Nuestros jóvenes del gremio de Santa Cecilia, nuestra sociedad musical, que vienen a darle la bienvenida, Conde —explicó el agricultor de “Les Pèlerins” con cierta ceremonia.

Los ojos de Kehlmark brillaron de manera extraña:

—En otra ocasión os mostraré mi estudio... ahora vayamos a recibirlos —dijo, volviéndose y acelerando el paso por la gran escalera, en apariencia feliz por aquel cambio, algo que maldijo internamente la astuta Claudie.

Los Govaertzes y los demás invitados le siguieron al piso inferior, hasta el amplio invernadero, cuyas grandes puertas de cristal habían sido ya abiertas por orden de la invisible Blandine.

Los músicos formaban un semicírculo a los pies de la escalera. Tocaban con toda la fuerza de sus pulmones las trompetas de anchas bocas y golpeaban a conciencia la piel de asno de sus tambores.

Todos vestían, con ligeras diferencias, el pintoresco traje de la juventud del país. Las ropas de algunos, remendadas y raídas, contrastaban con las vestimentas nuevas de los huéspedes. Había algún muchacho francamente desaliñado, sin chaleco, en mangas de camisa, que al estar completamente desabotonada, mostraba su robusto cuello hasta más abajo del nacimiento de los pectorales.

Eran, casi todos ellos, muchachos fornidos, altos, de pelo oscuro, reclutados de todas las zonas de la isla, desde las granjas de Zoudbertinge a los barrios pobres de Klaarvatsch. El gremio, por ser de una naturaleza muy democrática, mezclaba a los hijos de los ciudadanos más respetables con la descendencia masculina de saqueadores de pecios y vagabundos.

Los más jóvenes de aquellos nietos de piratas –pilluelos de pelo revuelto, ojos salvajes pero brillantes, tez morenas como la de los ángeles de Guido<sup>7</sup> y ya con robustas extremidades, que vestían pantalones rotos a la altura de la rodilla sujetos con cuerdas en lugar de cinturones– ejercían de portadores de antorchas, a cambio de unas monedas. Y con el pretexto de reavivar sus llamas, pero en realidad por pura diversión, de vez en cuando volteaban sus antorchas boca abajo, cubriendo el suelo con lenguas ardientes de resina, para luego extinguirlas a pisotones, sin miedo a quemarse los pies descalzos, pues sus plantas eran ya tan duras como el hierro.

En honor al Dykgrave, el gremio de Santa Cecilia interpretó viejas melodías del país, que armonizaban de una manera perfecta con la calidez perfumada de la noche. Una de ellas, en particular, entristeció a Henry, aunque le sorprendió gratamente, por su melodía lastimera que recordaba al reflujó de la marea, a las ráfagas de viento en el brezo o al sonido de las canciones de los trabajadores de los diques cuando hundían los pilotes de madera. Estos obreros, o mejor dicho los jefes de equipo, cantaban aquellas monótonas canciones para dar fuerza al corazón de sus hombres mientras trabajaban. Cada hombre, dotado de una soga, en simultáneo con los demás, elevaba en el aire el pesado tronco y luego lo deja caer de nuevo. Sus piernas se doblaban, sus cuerpos se arqueaban y el impulso de sus nalgas les hacía recuperar otra vez la posición vertical, acompasadamente. La misma melodía se escuchaba a bordo de las barcas de pesca. Algunos marineros llevaban con ellos sus instrumentos musicales, y con sus rapsodias y canciones bucólicas engañaban las horas, a menudo tediosas; y en la calma del mar abierto, adaptaban su estribillo triste y lánguido al ritmo del jadeo de las olas.

Uno de los jóvenes, un alumno de la escuela de música en Upperzyde, había transcrito esta canción para la fanfarria. El muchacho que tocaba la corneta ejecutó la melodía, que sonó grave, con el acompañamiento de trompetas y trombones, recordando el bajo profundo del oleaje.

Kehlmark se fijó en el joven de la corneta, un muchacho alto y más esbelto que sus compañeros de la misma edad. Tenía la espalda ancha, la tez dorada semejante al ámbar, ojos de terciopelo bajo largas y negras pestañas, rojos labios carnosos, las ventanas de la nariz dilatadas, como por alguna misteriosa sensualidad olfativa, y el pelo negro y tupido. Las formas de su cuerpo se moldeaban a través de su feo traje, que se adhería a sus miembros como la piel al cuerpo elástico de los

<sup>7</sup> Se refiere a Guido Reni, célebre pintor barroco italiano, nacido en Bolonia (1572-1642).

felinos. Su figura, con un grácil balanceo, parecía seguir el sonido de la música, llevando a cabo un baile muy lento, comparable al temblor de las hojas de los álamos en las noches de verano, cuando la brisa se reduce a la respiración de las plantas. El perfil escultural de aquel joven pueblerino, que unía su perfección física a una cierta elegancia en sus formas, recordó exactamente a Kehlmark al muchacho tocando la flauta en el cuadro de Frans Hals. Aquel joven le parecía la maravillosa personificación del lienzo que había visto en el museo de Upperzyde. Su corazón se agitó; contuvo el aliento, presa de la emoción que lo abrumaba.

Michel Govaertz, habiendo notado la atención con que el Dykgrave observaba al joven solista, aprovechó la oportunidad de una pausa para acercarse a este último y, cogiéndolo brutalmente por la oreja, lo condujo junto a Kehlmark.

Sería difícil describir adecuadamente la expresión, a la vez dolorida, asustada y absorta, del joven corneta cuando de repente estuvo frente al Dykgrave. Parecía como si en sus ojos y en sus labios se concentrase toda la sublime angustia de un mártir.

—Señor Conde —exclamó el hombre burlonamente—, este es mi hijo Guidon, el incorregible del cual le hablé hace un momento. —Y haciendo que el joven girase sobre sí mismo, continuó—: Este es el compañero de los bribones de Klaarvatsch, un cabeza loca sin esperanza, un perezoso, que combina quizás toda las cualidades vocales de los pinzones y las alondras, pero que no posee ninguno de los méritos que yo busco en un muchacho de mi sangre. ¡Ah! Siempre soñando despierto, silbando, cantando, mirando boquiabierto a las gaviotas, tumbado cuán largo es o tomando el sol como los lagartos en la arena; ¡eso es lo que le gusta! Imagínese, nunca, desde niño, nos ha sido de utilidad. Como no nos ayudaba en la granja, pensé hacer de él un marino, así que lo inscribí como grumete en un barco pesquero... ¡En vano! Después de tres días, un barco que regresaba a puerto nos lo trajo de vuelta. En mitad de las maniobras se detenía de repente para mirar las nubes y las olas. Su descuido y su negligencia le costaron algunos castigos serios, pero los golpes no sacaron de él nada distinto de lo que habían sacado los reproches y exhortaciones. Cansados de la lucha, me vi obligado a llevármelo de vuelta y lo puse a trabajar en una tarea en la que puede estar medio dormido: ahora se ocupa de las vacas y las ovejas en los páramos de Klaarvatsch, junto con esos pequeños pordioseros que esta noche llevan las antorchas del gremio... Bien constituido, como puede ver señor, ¿no es una pena? ¡Y luego es un llorón! ¡Empieza a berrear diciendo que se siente enfermo cuando se mata a un cerdo en la feria, o

cuando el carnicero marca con color rojo las espaldas de las ovejas que han de ser sacrificadas!... Guidon es una niña mimada... Mi hijo de verdad es nuestra Claudie. ¡Ah! ella es la única que se sacrifica trabajando.

—Es una lástima, porque tiene pinta de ser muy inteligente —remarcó el Dykgrave, con tanta indiferencia como le resultó posible—. ¡Y toca la corneta admirablemente también! ¿Por qué no hace de él un músico de verdad?

—¡Oh, sí! Ya veo que bromea, señor Conde. El chico es incapaz de hacer nada productivo. Le aseguro por mi honor que, con el fin de deshacerse de él, ya he tratado de dárselo a unos saltimbanquis. Tal vez con ellos podría haber sido un buen payaso. Mientras tanto, solo es una fuente de problemas y disgustos. ¡Ahora se le ha metido en la cabeza garabatear con carbón las paredes recién pintadas de blanco de la granja con el pretexto de dibujar a nuestro ganado!

—¿Tiene talento para la pintura? —preguntó Kehlmark con aire aburrido, simulando incluso reprimir un bostezo.

Los compañeros de Guidon hicieron un círculo alrededor de los Govaertzes y Kehlmark, divirtidos ante la situación en que su propio padre había puesto al joven. Los pícaros se movían agitados, dándose codazos el uno al otro, mofándose, con risas y murmullos, de las quejas que el burgomaestre hacía acerca de su hijo.

Junto con Guidon, Henry se sintió el objeto de toda aquella burla. Claudie observaba a su hermano con miradas duras cargadas de malevolencia. Henry supuso que el burgomaestre menospreciaba y censuraba a su hijo en público, a fin de halagar a Claudie, su favorita. Entre aquella chica ruda, muy hombruna, y el joven campesino, casi refinado, la incompatibilidad tenía que ser muy irritante. Perspicaz, Henry imaginó que debían darse disputas violentas en el hogar de los Govaertzes, lo que le hizo sentir una cierta opresión en el corazón. Por otra parte, Claudie parecía visiblemente molesta por la atención mostrada por el Dykgrave a aquel muchacho que había sido repudiado, condenado al ostracismo y casi obligado a vivir lejos de la familia.

—¡Hablaemos de esto en otro momento, burgomaestre! —respondió Kehlmark—. Creo que yo podría hacer algo por este tarambana hijo suyo.

Fueron palabras suficientemente inconcretas, sin compromiso, pero al pronunciarlas Henry no pudo dejar de mirar durante un instante al joven pastor, y al hacerlo, éste leyó en sus ojos o al menos creyó leer, algo más serio que lo que decían las palabras. El pobre joven sintió una alegría llena de esperanzas y de augurios reconfortantes. Nadie nunca lo había mirado de una manera tal, o más bien, nunca había visto

tanto interés en unos ojos. ¡Pero tal vez el joven problemático se engañaba en su percepción! El Conde habría sido tonto si se interesase por un personaje tan mal conceptuado por el granjero de “Les Pèlerins”. ¿Quién iba a querer crearse problemas con un salvaje como aquel, con una mala hierba así?

“¡Si al menos Claudie no le hablase demasiado mal de mí!”, pensó el joven pastor, alarmado al ver cómo su terrible hermana se alejaba acompañando al Dykgrave. Pero Kehlmark pronto se separó de ella para dar algunas indicaciones a Blandine. Ofrecieron bebidas a los músicos. Cuando el Conde volvió a brindar con ellos, ¿olvidó chocar su vaso contra el que le ofrecía —¡Oh, con tanta devoción!— el hijo del burgomaestre Govaertz? El muchacho experimentó un momento de tristeza, pero recordó de inmediato la mirada tierna de unos momentos antes. Luego, alejándose de sus compañeros, comenzó a pasear por el salón admirando los cuadros.

Aunque aparentemente hacía la corte a la rolliza Claudie, Henry más de una vez echaba miradas furtivas hacia el joven músico de la corneta. Captó la expresión del joven, a la vez reflexiva y extasiada, antes el cuadro *Conradino y Federico de Baden*, el mismo cuadro que un rato antes su hermana había mirado con el único interés morboso de quien ve representado un caso policial o una escena de tortura célebre.

Bebiendo abundantemente de su baso, el Dykgrave hizo el honor a los brutos integrantes de la fanfarria. A ellos incluso les pareció que estaba algo borracho, pero era poco probable que tal cosa los impresionase, pues los naturales de Smaragdis eran grandes bebedores, como la mayoría de los hombres del Norte.

El grupo, con ganas de moverse, se disgregó por los jardines y a lo largo de la orilla del mar, y pronto se escucharon rudos gritos, bromas y payasadas. El alboroto incluso asustó a varias gaviotas que descansaban en los árboles del dique. Kehlmark, caminando arriba y abajo con Claudie junto a la balaustrada de la terraza, observaba a los pájaros que revoloteaban con gritos de angustia en torno a la lámpara del faro, sintiendo por ellos algo parecido a una poética conmiseración, lo cual pasó desapercibido a su compañera. ¿Qué relación imaginó que existía entre aquellos animales salvajes y su propia angustia secreta? Pero rápidamente volvió a hablar de banalidades con la hija del burgomaestre.

En un momento, los integrantes de la fanfarria del gremio de Santa Lucía llamaron a su joven corneta, y como se demoraba mucho tiempo en los salones, ante los cuadros, fueron a por él y se lo llevaron a un extremo del parque. Henry, se preguntó por las bromas que le gastarían al joven Govaertz, y mientras caminaba con Claudie, no

podía de dejar de mirar periódicamente en dirección al ruidoso grupo. Su proximidad y su mirada cohibieron a los integrantes de la fanfarria, abortando la broma que estaban a punto de infligir a su víctima. Sin embargo, una especie de timidez o miedo a la opinión de aquellos hombres impidió a Kehlmark interferir directamente en favor del muchacho; se dio la vuelta y se abstuvo de hablar con él, pero volviendo a dirigirse a Claudie alzó la voz, y Guidon, sin saber por qué, imaginó que el Conde hablaba de él.

Por fin, la banda decidió volver al pueblo. El tambor tocó retirada. Tras unos últimos revolcones en la hierba, los chiquillos descalzos de Klaarvatsch corrieron a encender sus antorchas. Los músicos asumieron la cabeza de la procesión. El Conde les condujo hasta la puerta principal y desde allí los vio alejarse tocando su marcha favorita, hasta que desaparecieron en el gran bosque de olmos que se extendía entre el castillo y el pueblo.

Claudie, agarrada al brazo de su padre, alabó al Conde del Dique, o más bien alabó su fortuna y su lujo, pero sin aún confesar al agricultor el gran proyecto que su mente había concebido.

El pequeño Guidon, con la cabeza erguida, tocaba con ímpetu inusual. Mientras que su corneta parecía desafiar a las estrellas, no dejaba de pensar en el señor de Escal-Vigor. En los ecos de su música le pareció escuchar de nuevo los tonos suaves de la voz del Dykgrave, e incluso creyó ver algo de su profunda mirada en la oscuridad aterciopelada de la noche. Extraña contradicción: a pesar de aquel entusiasmo, el pobre muchacho sintió una opresión en el corazón y un nudo en la garganta, que hacían que los ojos se le llenasen de lágrimas. ¿Y no eran gritos de socorro o peticiones de ayuda lo que salía de su instrumento, dirigido al Conde, en quien quería ver a un protector, con la esperanza de que los escuchase con simpatía, incluso mucho después de que dejasen atrás el solemne bosque de olmos?